

Parón del mes #Marzo

Un rato para parar y pensar.

Para estar a solas con Jesús.

Para mirar la vida con un poco más de verdad.

Antes de empezar, intenta cuidar este rato: deja el móvil fuera, coge una libreta o estas hojas, y ponte de verdad delante de Dios.

Este parón mensual es una oportunidad para hacer algo que casi nunca hacemos: **parar de verdad**. Parar el ruido, las prisas, el móvil, las tareas pendientes... y volver a lo esencial. Volver a Dios. Volver a la verdad de quién soy y para qué estoy aquí.

Estamos en Cuaresma. Se acerca la Semana Santa. Jesús camina hacia la Cruz, y no lo hace por obligación, sino por amor. Si queremos parecernos a Él, tenemos que aprender su estilo: **la entrega en el servicio**.

¿Mi manera de vivir se parece a la suya?

Para darle vueltas

Antes de hablar con Dios, mírate por dentro.

1. Cuando oigo la palabra "entrega", pienso en:

- ☐ Algo heroico y lejano
- ☐ Algo propio de personas muy santas
- ☐ Algo bonito pero poco realista
- ☐ Algo concreto y diario
- ☐ Algo que me da miedo
- ☐ Otra cosa: -----

2. Ordénalo (del 1 al 5) según lo que más te cuesta:

- Pedir perdón
- No quejarme
- Servir cuando estoy cansado/a
- Ayudar sin que se note
- Perdonar de verdad

3. Completa con sinceridad:

Cuando sirvo, en el fondo espero

Me cuesta especialmente servir a

Me justifico cuando no sirvo diciendo que

4. Piensa en tu día de ayer.

¿En qué momentos concretos te entregaste?

¿Y en qué momentos elegiste tu comodidad antes que el servir a los demás?

5. Pregunta extra de Cuaresma:

Si Jesús viviera mi horario de esta semana...

¿se notaría que ama hasta el extremo?

Para hablar con Dios

Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?

El amor a Dios no se demuestra en ideas bonitas ni en pensamientos profundos, sino en gestos concretos hacia personas concretas.

Estamos en Cuaresma. Jesús camina hacia la Cruz por amor. Si queremos acompañarlo, tenemos que aprender su mismo lenguaje: la entrega en el servicio.

Aquí tienes unos textos que te pueden ayudar a hablar con Él sobre este tema.

“Cuanto más seas de Cristo, mayor gracia tendrás para tu eficacia en la tierra y para la felicidad eterna.

Pero has de decidirte a seguir el camino de la entrega: la Cruz auestas, con una sonrisa en tus labios, con una luz en tu alma.”

Ser de Cristo no es una etiqueta. Es parecerse a Él. Y parecerse a Él implica aceptar que el camino pasa por la Cruz. No una cruz imaginaria, sino la concreta: el cansancio, la convivencia, las responsabilidades, la paciencia cuando no te entienden, el esfuerzo cuando nadie lo ve.

Jesús, ¿Cómo es mi actitud cuando sirvo? ¿se parece a la tuya? ¿Dónde estoy llevando la Cruz con mala cara?

“¿Quieres saber cómo agradecer al Señor lo que ha hecho por nosotros?... ¡Con amor! No hay otro camino.

Amor con amor se paga. Pero la certeza del cariño la da el sacrificio. De modo que ¡ánimo!: niégate y toma su Cruz. Entonces estarás seguro de devolverle amor por Amor.”

La Cruz de Jesús no fue simbólica. Fue real. Dolió. Costó. Y fue libre. Si quiero agradecerle algo, no puedo quedarme en palabras bonitas o en propósitos genéricos.

Si no hay sacrificio, probablemente hay comodidad. Y la comodidad nunca ha cambiado el mundo.

¿Qué parte de mí me cuesta más negar: mi tiempo, mi comodidad, mi orgullo, mi necesidad de reconocimiento? ¿Mi servicio tiene algo que realmente me suponga salir de mí?

“Hay que unir, hay que comprender, hay que disculpar.

No levantes jamás una cruz sólo para recordar que unos han matado a otros. Sería el estandarte del diablo.

La Cruz de Cristo es callar, perdonar y rezar por unos y por otros, para que todos alcancen la paz.”

Servir también es esto: no alimentar divisiones, no comentar lo que hiere, no instalarme en el papel de víctima. A veces el mayor acto de entrega no es hacer más cosas, sino perdonar en silencio y rezar por quien me cuesta.

La paz empieza cuando alguien decide no responder con la misma moneda.

¿Estoy construyendo unidad en mi ambiente... o tensión? ¿en qué situaciones me cuesta callar y sonreír?

“Por mucho que ames, nunca querrás bastante.

El corazón humano tiene un coeficiente de dilatación enorme. Cuando ama, se ensancha en un crescendo de cariño que supera todas las barreras.

Si amas al Señor, no habrá criatura que no encuentre sitio en tu corazón.”

A veces pensamos que ya amamos bastante. Que ya damos mucho. Pero el corazón está hecho para más. Cuando se deja ensanchar por Dios, crece.

La pregunta no es si amo, sino si pongo límites a mi amor. Si hay personas que excluyo, si selecciono a quién sirvo, si reservo mi mejor versión solo para algunos.

Amar al Señor cambia la mirada. Y cuando cambia la mirada, cambia el trato.

Señor, ¿Quién crees que no encuentra sitio en mi corazón ahora mismo? ¿Qué barrera interior necesito dejar que Tú derribes?

“No hay mejor señorío que saberse en servicio: en servicio voluntario a todas las almas!

–Así es como se ganan los grandes honores: los de la tierra y los del Cielo.”

El mundo entiende el honor como destacar, imponerse, sobresalir. Cristo lo entiende como servir voluntariamente. No porque toca. Sino porque quiero amar.

La entrega en el servicio revela madurez. Cuando ya no necesito que me reconozcan constantemente, cuando no me rebelo ante tareas pequeñas, cuando no mido lo que doy.

¿Sirvo igual cuando nadie lo ve? ¿Me incomodan las tareas pequeñas porque no brillan?

“Cuando hayas terminado tu trabajo, haz el de tu hermano, ayudándole, por Cristo, con tal delicadeza y naturalidad que ni el favorecido se dé cuenta de que estás haciendo más de lo que en justicia debes.

–¡Esto sí que es fina virtud de hijo de Dios!”

La entrega más parecida a la de Jesús es la que no exige reconocimiento. Él dio la vida y muchos no lo entendieron. Aun así, siguió amando.

Eso purifica el corazón. Lo libera de la necesidad de ser visto.

Jesús, ¿en qué cosas puedo estar más pendiente de los demás? ¿Qué personas a mi alrededor pueden agradecer mi ayuda?

7 Preguntas para saber si sirves como Jesús.

1. «Zaqueo, baja pronto, porque hoy tengo que alojarme en tu casa» (Lc 19, 5). ¿Estoy dispuesta a entrar de verdad en la vida de los demás –con tiempo y disponibilidad real– o solo cuando no me descoloca?

2. «Jesús, fijando en él su mirada, lo amó» (Mc 10, 21). – Así miraba Jesús el joven rico. Y así mira a cada persona, con amor. ¿Mi mirada hacia los demás nace del amor... o del juicio y la comparación?

3. «Jesús tuvo compasión de él (el leproso), extendió la mano y lo tocó» (Mc 1, 41). ¿Me acerco a las heridas y problemas de los demás... o mantengo una distancia cómoda para no implicarme demasiado?

4. «Se levantó de la mesa... y se puso a lavarles los pies» (Jn 13, 4-5). – ¿Me adelanto a servir en lo pequeño, aunque nadie lo vea, o espero a que me lo pidan?

5. «Vende cuanto tienes... luego ven y sígueme» (Lc 18, 22). – Para servir a los demás hace falta dejar lo nuestro. ¿Qué tendría que soltar hoy para poder seguir a Jesús con más libertad y servir mejor?

6. «Jesús se detuvo y mandó que se lo trajeran; y cuando estuvo cerca, le preguntó: “¿Qué quieres que haga por ti?”» (Lc 18, 40-41). – En medio de mis planes y prisas, ¿sé detenerme y preguntar con interés real qué necesita el otro... o doy por hecho que no tengo tiempo?

7. «Jesús se inclinó y le dijo: “Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado?”... “Tampoco yo te condeno”» (Jn 8, 10-11). – Cuando alguien falla o se equivoca, ¿mi primera reacción es condenar interiormente... o ayudar a empezar de nuevo?